

## Conversación con Rodrigo Bazás<sup>21</sup>

Yo conocí a Alejandro [Sieveking] porque él y Patricia López me invitaron a hacer una lectura dramatizada de la obra *Pequeños animales abatidos*. Era un Proyecto FONDART acogido por la Universidad Católica, hace cuatro años. Luego, Patricia puso en escena *Tres tristes tigres* y me llamaron para hacer la versión de cine, porque a él no le gustaba la ya existente. Yo no quise, la encontré desactualizada, y le sugerí que le pidiera al viejo algo actual con la forma en que él ve ahora el mundo y no con esos estudiantes ingenuos... Pero les colaboré con el diseño de luces y así nos conocimos. Antes de eso, para mí él era una leyenda. Había escuchado de él en la Escuela de Teatro por sus textos: él ahí sí es un patrimonio. Él se ha movido en varios territorios, realistas, surrealistas, costumbristas, pero nada me parecía seductor. Luego, me explicó qué es algo que él llama *impresionismo folklórico*. Aunque a mí su mirada sobre lo popular no me gusta, el tipo es espectacular en escena. Él cuenta que con Víctor Jara inventaron ese concepto para denominar lo que hacían por miedo a que los identificaran como costumbristas.

Alejandro Sieveking es agudo, crítico, inteligentísimo. Me sorprendió el hombre que está detrás de esas obras que nunca me gustaron, con esa visión del campesino. Pude mirar a un autor muy diverso, que revela su gran experiencia en teleseries. Luego, me dijo que quería hacer obras con canciones porque nunca nadie lo había dejado hacer obras con canciones como él quería y que Víctor Jara había eliminado canciones que él había puesto en sus obras. En esta última experiencia, detecté que era necesario hacer caminos paralelos con todos los lenguajes que requería la pieza. Al principio no lográbamos descifrar lo que él quería decir. La obra carecía de los recursos que un dramaturgo de esa estatura tiene y le pregunté por qué no los quería usar y me dijo: “Es que eso yo ya lo hice, ahora quiero escribir con libertad, sin pensar demasiado”. Me hizo recordar su obra anterior, *Todo pasajero debe descender*, que no tiene una estructura como las demás, es algo como hablar contemplando la vida. Entonces, la estrategia para mí fue crear un producto distinto, con otro concepto de teatro y con música chilena.

Yo traté de aplicar el concepto de la arquitectura del ejercicio maximalista. Se trataba de una obra sin estructura de personajes y éticas como en los musicales con cambio,

---

<sup>21</sup> Diseñador teatral, director de arte de la exitosa serie de televisión *Los 80* en varias de sus temporadas. Además, fue el director del último montaje en el que participó Bélgica Castro, *Pobre Inés sentada ahí*.

aventura y lujo, pero esta debía ser austera, con seis personajes, una decena de canciones y un solo set. ¿Cómo hacer un musical y además entretenido? Decidí que hiciéramos una especie de musical chileno, sin precedentes porque ahora proliferan los musicales comprados, a veces sin buenos resultados y eso genera muchas dudas. Son producciones que poco tienen que ver con Chile. Así que propuse el musical maximalista, con siete músicos en vivo, además de los siete personajes, con Alejandro Sieveking actuando de padre, y le prometí que no iba a tener texto.

Tenerlos a ellos juntos era una cosa única y ella así se sentía acompañada. Fue una gran idea. ¡Él es tan magnético! Había que verlo actuando en traje de baño, mojándose las patas y cantando. La pasó muy bien. Tenía un equipo de voces muy buenas en el elenco. Todo esto era para homenajear a Bélgica Castro. No sé si lo confesó, pero la obra es biográfica. Alejandro Sieveking aceptó todas las ideas, él no quería hacer más dramaturgia, quería que se le sacara brillo. Ese propósito no lo logra mucho porque es obsesivo, pero se da cuenta y lo trabaja. Además, ella era un personaje central, pero no protagonista. Eso es difícil, ella estaba en total veinticinco minutos en escena. La experiencia fue linda, tuvo que ver con su crepúsculo, su forma de observar el mundo, consciente del amor que recibe en el teatro. Algunos dicen que ella es muy exigente, pero yo me encontré con una mujer adorable. Antes de eso, para mí ambos eran leyenda convertidos en clásicos estando vivos, las obras de él se siguen reponiendo y fue autor de algunas canciones de Víctor Jara.

Él siempre cuenta algo que tiene que ver con su genialidad dramática. Dice que Jara le pidió ayuda para hacer el disco *La población*, una historia de toma de terreno. Quería hacer un disco-concepto y le pidió a Alejandro Sieveking ayuda en la dramaturgia. Ellos se juntan y Alejandro Sieveking le responde: “¿Cómo te voy a ayudar yo, si nunca he ido a una población?” Y unieron sus sensibilidades y salió ese disco, que es una maravilla. Todo eso era mito para mí. Bélgica Castro siempre ha sido reconocida como una gran actriz y representante de las generaciones antiguas. Mi generación buscaba nuevas formas. Ellos eran la vieja escuela. Trabajar con ellos fue un desafío grande.

Yo me quedo con dos grandes cosas muy ejemplificadoras: ella tuvo un aparato de sonoprompter, para que le soplaran el texto. Se puede pensar que ya eso parece el fin de un actor. Cuando la ves actuar, te das cuenta de que ella nunca se ha olvidado de las indicaciones de dirección ni de la indicación de su texto. Es decir, vuelve a vivir en el escenario todo lo de los ensayos. Nos tomó ocho meses montar y remontar la obra y si bien hay un deterioro en la memoria inmediata, basta que se le den las primeras palabras y ella arranca como una locomotora y sigue actuando. Yo concluyo que el actor es un fenómeno

completo, que no es necesariamente la memoria. Y ella sigue siendo una actriz a pesar de que su memoria no esté con ella. Por eso me pregunto entonces ¿Qué es un actor? Cuando ella entró a escena en el estreno fue una cosa sorprendente, ante el público de la sala, se convirtió en una comediante. Tuve que retarla en el camarín, duplicó su carisma, su energía y nadie se dio cuenta de la presencia del aparato. Ella logra crear la ilusión, aunque se “haga trampa”. Eso es lo que hace al artista. Hay algo único en ella. Ella oye y va exactamente a la emoción, reproduce el recuerdo emocional del texto.

Además, la primera vez que salimos de gira fuimos a Concepción a dar una función. Yo me fui antes, luego llegó el elenco y ellos llegaron en avión la noche anterior. Ella, al contrario de todos los actores, que pataleaban por todo, en el momento en que yo creo que hacer una pasada antes es demasiado, preocupado por su cansancio y su edad, me dice: “No, yo puedo hacer hasta tres funciones en un día, más no, pero tres, sí”. Y fue por eso que hicimos pasada y estreno el mismo día. Es increíble cómo se quejan los actores por todo y también es increíble la ética de trabajo que ella tiene. Ella, que tenía que esperar cuarenta y cinco minutos sentada en una silla de ruedas antes de salir, se paró esa vez tras bambalinas, a bailar, cuando oyó las canciones.

La peor experiencia, pero a la vez maravillosa, fue un accidente que tuvimos. Durante un ensayo se cayeron, cuando aún la escenografía estaba en construcción. Cayeron blandos, sin miedo a la muerte, de una altura de un metro: él cayó primero y ella de la mano de él después, ¡y encima la asistente! Yo por poco morí. Ellos se rieron, cayeron riéndose y se golpearon, pero se rehusaron a ir al médico y amanecieron diciendo que estaba todo bien. Están aferrados al teatro. Ellos representan otro mundo basado en la pareja, basado en un amor que inspira. Aparte de las historias de ambos, el amor es real.

Antes de conocerlos, sabía de cómo él se subía a las tablas con proyectos liderados por jóvenes. Hay muchos proyectos de gente joven que lo incluyeron a él; a ella, menos por su edad, pero él es tan juguetón, tan joven de mente, que se lleva bien con los jóvenes. Es entretenido, agudo, conectado con el presente y despierta mucha admiración: su inteligencia seduce. En el caso de ella, lo que seduce es su talento y de eso ya uno ha escuchado. Ellos están permanentemente en la prensa. Ni Alejandro Sieveking ni ella hicieron cine antes y últimamente han hecho películas, ya viejos. Él descubrió el cine y está feliz. Hace poco fue a rodar a la Cordillera de Los Andes, con ese frío, y no le importó salir a cualquier hora a trabajar. Él está lleno de proyectos, creo que no quiere morir.